

CUENTO N° 148

TÍTULO: ENTRE SOMBRAS

SEUDÓNIMO: MILONGO

AUTOR: EMILIO BALTIDES TORRES SAAVEDRA

ENTRE SOMBRAS

(Milongo)

“la señora de la muerte espera sentada en su rincón

bailo con ella, me río, la dejo plantada y me queda la ilusión”

Es que la veo tan de cerca madre mía, Luisa de mi alma que estás en los cielos, esperándome con el pisco sour que de probar solo bebiste, antes de amanecer muerta al día siguiente. Menos mal te fuiste en el sueño, sin dolor. Sé que ahora es mi turno, lo siento en el aire, huelo a cadáver y, como dice el tango, “mi cuerpo entero ya no resiste más”. La casona donde he quedado solo apesta a caca, quizás de perro o de vaca y a alcantarilla nauseabunda de verano. Desde aquí observo la ciudad capital cubierta con su eterna capa de smog que nos ahoga con su aire envenenado y mortal. Ya ni se cuántos años tengo, probablemente más de cien. Lo peor es que me resisto a fallecer y a lo mejor vivo otros tantos desilusionando a los familiares que claman con urgencia la herencia que les corresponde. Cuando me visitan no permanecen ni cinco minutos en casa porque les apesta el olor que ronda en el ambiente. Tampoco se dignan de recoger el excremento de los perros que se pasean por su interior. Ellos son mi única compañía aparte de las dos enfermeras que me cambian los pañales tres veces al día.

Hace dos décadas vivo solo desde que la gorda, mi esposa, se fugara con un astrónomo que pronostica terremotos y catástrofes por el mundo. Supe que ambos se pasean por todas partes dictando charlas y conferencias para hablar del movimiento de los astros y de constelaciones diversas que hacen prever un pronto desastre de la naturaleza. Se le conocía en la prensa como el Nostradamus chileno. Se fue con él de la noche a la mañana sin siquiera despedirse como la gente. Un mes después de su partida me llegó una carta diciendo que se enamoró hasta los huesos del científico. Con él encontró la paz, era escuchada y la quería tal como era, con sus virtudes y defectos.

- No creas madre mía, que estás en los cielos, que no me dolió lo de mi mujer.

Las lloré todas aunque dicen que los hombres no lloran. Perderla fue muy fuerte.

Para rematarla el astrónomo se pegó un gran acierto al predecir el terremoto y tsunami ocurrido en las costas de Japón el año 2011 en el que murieron miles de personas. Así le subieron los bonos a este personaje el que era invitado de honor en muchas universidades del orbe. No supe de él ni de mi ex hasta un par de años después. De sorpresa recibí una carta de Carmen en que me pedía de manera urgente la suma de veinte mil dólares. En su misiva señalaba que Carlos, su astrónomo del alma, estaba preso en una cárcel de alta seguridad en Bombay, al predecir lluvias interminables provocadas por un monzón que duraría tres meses, dejando bajo agua la mitad del país con el resultado de millones de

(milongo)

mueritos ahogados por las inundaciones. Nada de eso ocurrió pero se produjo gran pánico en la población. Muchos abandonaron las ciudades y se fueron a vivir a las altas montañas, otros dejaron de trabajar o ir al colegio.

- Qué años aquellos madre mía! ¿Quién se iba a imaginar que terminaría abandonado en esta vieja casona del barrio alto de la capital?

Sé que han venido varias veces de la municipalidad, sin mi consentimiento, para fumigar la casa ya que los vecinos reclaman por los malos olores. Más que nada por el olor a muerto que se filtra por sus ventanas y puertas. Han tratado de disuadirme para irme a un lugar de reposo pero me he negado persistentemente. La intención es llevarme al psiquiátrico pero no estoy tonto ni fuera de mis cabales para permitirlo. Creo que detrás de todo están mis hijos y nietos que desean declararme interdicto, o sea fuera de mis cinco sentidos, y así repartirse mis inversiones y propiedades. Solo confío en la Cata, mi hija menor, la que de vez en cuando me hace firmar escrituras para comprar o vender propiedades a precios que no tengo idea si es barato o caro.

Esta tarde llueve a cántaros y la enfermera no puede sacarme a dar una vuelta por el barrio como lo hace todos los días. En este encierro, madre mía, me siento como la cucaracha de Kafka en su libro "La metamorfosis". Apenas muevo el esqueleto, huelo mal y ni mis familiares me soportan. Les doy vergüenza. No saben que aún tengo la cabeza buena o al menos a ratos funciona. Que no soy un insecto al cual pueden patear o barrer con la escoba.

Desde que se fuera la Carmen con el astrónomo, siempre me aconsejaste, madre inmaculada, casarme de nuevo o al menos tener una compañera. Pero entonces ni después ha sido posible, te lo confieso. Estoy choqueado con el abandono de la gordita, con mucha desconfianza en el sexo opuesto. Podría ser un buen partido ya que soy un viejo con plata, algo muy tentador para las féminas que buscan asegurar un bienestar económico. Total igual he atinado con amantes de paso, prostitutas, incluso niñas de colegio o universitarias. No muy producidas intelectualmente pero qué más puedo pedir estando arrugado como pasa, con los pies a la rastra, diabético, con gota y presión alta. Tampoco he sido un superdotado, como tu bien lo sabes, madre mía, y finalmente me di cuenta de que el tamaño importa como lo dijo una vez la gorda en un minuto de confianza.

Lo que pasa querida Luisa es que tengo una crisis existencial, de amor frustrado. Amé a la mujer equivocada. No encontré a otra. Ahora solo vivo de recuerdos con mi cuerpo que se deshace a pedazos, ansiando que los gusanos hagan su labor, sin asco, prestando un servicio a la humanidad. Lo peor de todo son las interminables noches de insomnio que son de nunca acabar madre santa. Escucho tus pasos al caminar por la cocina. Seguramente vas a preparar una cazuela de vaca con chuchoca que tanto me gusta. O picarones con chancaca. En la noche escucho a estos perros malditos ladrar toda la noche espantando

(milongo)

fantasmas que se pasean por los corredores. A veces, en completo silencio, voy a la cocina cuando escucho ruido de platos, a servirme el resto de la sopa aguada que dejaron las enfermeras la noche anterior. Y aún está caliente, lo que demuestra, madre mía, que estuviste presente como has estado siempre, viva o muerta.

Ahora no sé a quién se le ocurrió traerme nuevos perros. Hoy tengo ocho. Claro que sirven de compañía, te contaré, pero al costo de dejar la fetidez y mugre por toda la casa. ¿Acaso crees que las dos enfermeras que me cuidan les importa el mal olor y la suciedad causada por estos animales? ¡las pinzas!. Si solo quieren ganarse el billetito lo más fácil y retirarse a las seis de la tarde como indican sus contratos. Allí no se estipula que deben asear la casona menos recoger caca mal oliente de perros. A lo mejor tienen razón.

Seguramente no conociste a Cachupo, el perro labrador que recogió uno de mis nietos en la calle. El pobre ya está ciego. Tampoco al Terry, otro quiltro, que llegó con sarna y los pelos se le caen por miles. Ojalá no les pegue la enfermedad a mis otras adorables mascotas. Te cuento que lo más novedoso es que la Puppy tuvo seis hermosos cachorritos paridos en una caja de cartón en la cocina. Hace pocos días recién abrieron sus ojitos. En las noches los subo a la cama con su madre para que duerman calentitos, aunque se mean y vomitan, hasta que la enfermera de la mañana los saca de allí lanzándolos al patio.

Seguramente no alcanzaste a leer el libro de Simonetti “Madre que estás en los cielos”. Yo no pretendo madrecita escribirte un libro para homenajearte. ¡Además quién lo leería!. Si todos piensan que estoy peinando la muñeca, o sea rayado, además de apestoso. ¿Cómo podría producir algo cuerdo este vejete a quién mueven en silla de ruedas y se mea en los pantalones? Si lo poco que habla son puras cabezas de pescado que nadie entiende. Es para la risa una pretensión de esta naturaleza. Nadie en su sano juicio creería que entiende los libros que lee. Dicen que hasta anda de sonámbulo conversando con los perros como si fueran seres humanos.

Por cierto, madre mía, no pienso apernarme en este mundo de los vivos por una eternidad. No creo tampoco, como lo describe el nobel portugués José Saramago en su novela “La intermitencias de la muerte”, que exista un país o un lugar donde la gente deje de morir. En mi caso, a veces me dan ganas de morir para no seguir molestando a los míos o a las enfermeras. Ni en la Clínica Las Condes, a la que me llevan cada cierto tiempo, soy bienvenido. A pesar de que le conviene ya que cobran un millón de pesos diarios cada vez que la visito. A esto yo le llamo un robo.

Dicen que los viejos pierden la memoria con el avance de los años. Ni siquiera tu la perdiste mamita a pesar de los veinte años que estuviste con esa depresión terrible, con la vista fija por horas en el suelo, sacándote a pedazos el cuero de tus manos y brazos con tus propias uñas. Lo que es yo he olvidado hasta la letra del himno patrio. Menos mal que no te dejamos vivir en tu modesta casita de la población San Ramón y te traje a vivir a mi

(milongo)

mansión en Las Condes. Claro que nunca disfrutaste de la piscina como lo hacían mis cuatro hijos en verano. Demás está recordarte el show que armabas cuando Carmen te metía a la ducha por las tardes antes de irte a dormir. Gritabas como loca creyendo que era castigo de Dios que el agua tibia mojara tu pelo. Jurabas entonces portarte bien, que no vomitarías en la mesa al momento de la cena ni te tirarías pedos en frente de las visitas. Por eso a la gorda le levanto un monumento por este sacrificio de cuidarte por tanto tiempo sin jamás hacer un reclamo en contra de su suegra.

¡Valdrá la pena seguir viviendo, en estas condiciones de soledad, mugre y malos olores, santa madre! Aparecieron hasta las baratas. Lo peor son las termitas que hace años empezaron a devorar los muebles partiendo por el piano de cola alemán que tu madre te dejó de recuerdo. Y para rematar aparecieron los murciélagos en el entretecho y ni a balazos los he podido espantar. Hasta los bomberos han tratado de exterminarlos sin resultado alguno.

La segunda vez que supe de Carmen es cuando vino al entierro de nuestro hijo mayor. No me tiró ni bola. Pero cinco años más tarde me llegó otra carta, esta vez de Carlos, pidiendo con urgencia que viajara a Estados Unidos porque Carmen agonizaba producto de un cáncer estomacal terminal. No dudé un minuto y en compañía de mi hija regalona viajamos en el primer avión disponible a Miami y luego a Mineapolis donde vivía en los suburbios de dicha ciudad. Del aeropuerto nos fuimos de inmediato al hospital donde encontramos ese cuerpecito aun viviente con apenas 35 kilos de peso. Estaba durmiendo pero al cabo de media hora abrió levemente los ojos, nos miró sorprendida, me abrazó y delante de Nostradamus me plantó un suave beso en la boca. En un susurro exclamó:

- Perdóname viejo, qué bueno que vengas a la despedida.

Con Carlos nos fuimos luego a su casa y nos curamos como raja. Mi rival del corazón era una persona culta, demócrata, simpático y bonachón. Pasamos toda la semana juntos, entre ir diariamente al hospital y nuestras conversaciones de madrugada, de viejos camaradas, de borrachos empedernidos.

En un momento en que nos encontramos solos con Carmen en el hospital me agradeció los dos mil dólares mensuales que le enviaba en forma anónima para costear su enfermedad. A las tres semanas falleció entre los brazos de Carlos y los míos. La cremamos y, en una ánfora de plata, la traje a Chile. Sus cenizas las guardo religiosamente en mi dormitorio. Antes del regreso fuimos con Carlos a Disneylandia, con los pies a la rastra, subiendo a la montaña rusa, el barco fantasma, la casa del terror y a todas las diversiones posibles. La gente no daba crédito a sus ojos al ver a dos viejitos tomados del brazo que se encaramaban, con ayuda o no, arriba de los peligrosos juegos. Total mediamos más e un metro veinte centímetros de estatura y nada ni nadie nos podía impedir darnos estos gustitos.

(Milongo)

La novedad al volver a Chile era que la casona de Las Condes había sido transformada totalmente. Mi hija había dado órdenes para que ello se cumpliera. Los perros fueron enviados a un hotel para animales, la casa estaba soplada de limpia y pintada toda de blanco en su exterior. En el patio cantaban alegres pajaritos en sus remozadas jaulas. Los muebles fueron renovados y hasta la piscina tenía agua transparente, libre de guarisapos, hojas podridas, pilas y tarros vacíos. Agradecí el gesto pero a los pocos días pedí sacar a los ocho perros del hotel canino y traje otros dos más allí abandonados. Es de imaginar cómo quedó la casa y el jardín después de un mes. A los tres meses la casona adquirió la fetidez de costumbre, agregándose mi propio olor a muerto.

Me imagino madrecita que habrás recibido en tu seno con alegría la llegada de Carmen, ahora flaquita como un palillo. Dale algo de comida si es que se puede para engordarla un poquito. Te recordaré que Carmen, antes de fallecer, prometió que me avisaría, ya sea por carta o a través de un sueño, cuando llegara mi turno. Esa sería la señal. Pero de aquella vez han pasado más de veinte años y aún no estiro la pata. De mis hijos solo la Cata viene de vez en cuando a limpiar la casa. Ni ella soporta el olor pestilente de los perros y murciélagos. Nuevamente llegaron las termitas que devoran todo a su paso. No se le escapan ni los marcos de los cuadros que cuelgan de la pared. Han muerto algunos de los perros que me han acompañado por años pero llegan otros que recojo de la calle. Además han aparecido pordioseros que no solo piden comida sino también un billetito para tomarse una cañita de vino. A algunos los he admitido a dormir en el living, acompañados de unos cuantos caninos. Menos mal que éstos no son mañosos porque si no se los comerían vivos.

Al final llegó tu señal esperada, madre mía. La enfermera me ha encontrado tieso, después de haberme quedado dormido en el suelo y de haber envenenado a todos los perros, los que fallecieron conmigo esa fría noche de invierno. No quise que sufrieran en la perrera donde de todas maneras los ejecutarían como perros vagos. Previamente liberé a los pájaros de sus jaulas aunque algunos agitados se quedaron dentro porque allí tenían el alpiste asegurado. A los pocos minutos llegaron diecisiete de los veinte nietos vivos, aparte de otra docena de bisnietos, en busca del testamento que los haría ricos de un plumazo, sin mayor esfuerzo. Uno de ellos cogió el ánfora de plata con las cenizas de Carmen y la guardó sigilosamente en un maletín. Aparte de esto y del cadáver de los perros no había grandes cosas para llevarse ya que las termitas se habían encargado de devorarlas. A mediodía arribó la Cata, entonces de ochenta años, junto a su hijo Mañungo mi nieto preferido. Los corrió a todos, a varillazos, fuera de la casa. Pilló de inmediato al ladrón del ánfora sin que nadie se lo dijera y le hizo devolver el botín de plata.

- Para ustedes no hay nada sabandijas, les gritó.
- Y para los que tengan dudas consúltenlas mañana en la notaría Acharán, ahí escucharán el testamento con las migajas que les corresponden a cada uno, agregó.

(Milongo)

En verdad por ley algo les tocaría. La sorpresa sería saber que la mitad de mis bienes han sido donados al programa “Un techo para Chile” del Hogar de Cristo. Mi hija pronto llamó a un médico para certificar mi muerte que no fue dolorosa porque sabía que Carmen estaría esperándome para tener una segunda oportunidad, con luna de miel incluida. Estoy seguro que Carlos, el Nostradamus chileno, ahora también en el cielo, comprenderá la situación y dará un paso al costado para que esto cambie radicalmente. En todo caso estaremos los tres juntos, como amigos, que es lo que realmente importa en este nuevo mundo. Allí seré inmortal.

////////////////////